

MAYORDUX

¡O EL DÍA EN EL QUE FUE PROHIBIDA
LA MÚSICA! VIVIDO Y ANOTADO POR
BARTOLOMEUS BOB

CON MUCHAS ILUSTRACIONES
DE MARTIN BALTSCHKEIT


LÓGUEZ
EDICIONES



MAYORDUX



MAYORDUX

¡O EL DÍA EN EL QUE FUE PROHIBIDA
LA MÚSICA! VIVIDO Y ANOTADO POR
BARTOLOMEUS BOB
CON MUCHAS ILUSTRACIONES
DE **MARTIN BALTSCHKEIT**

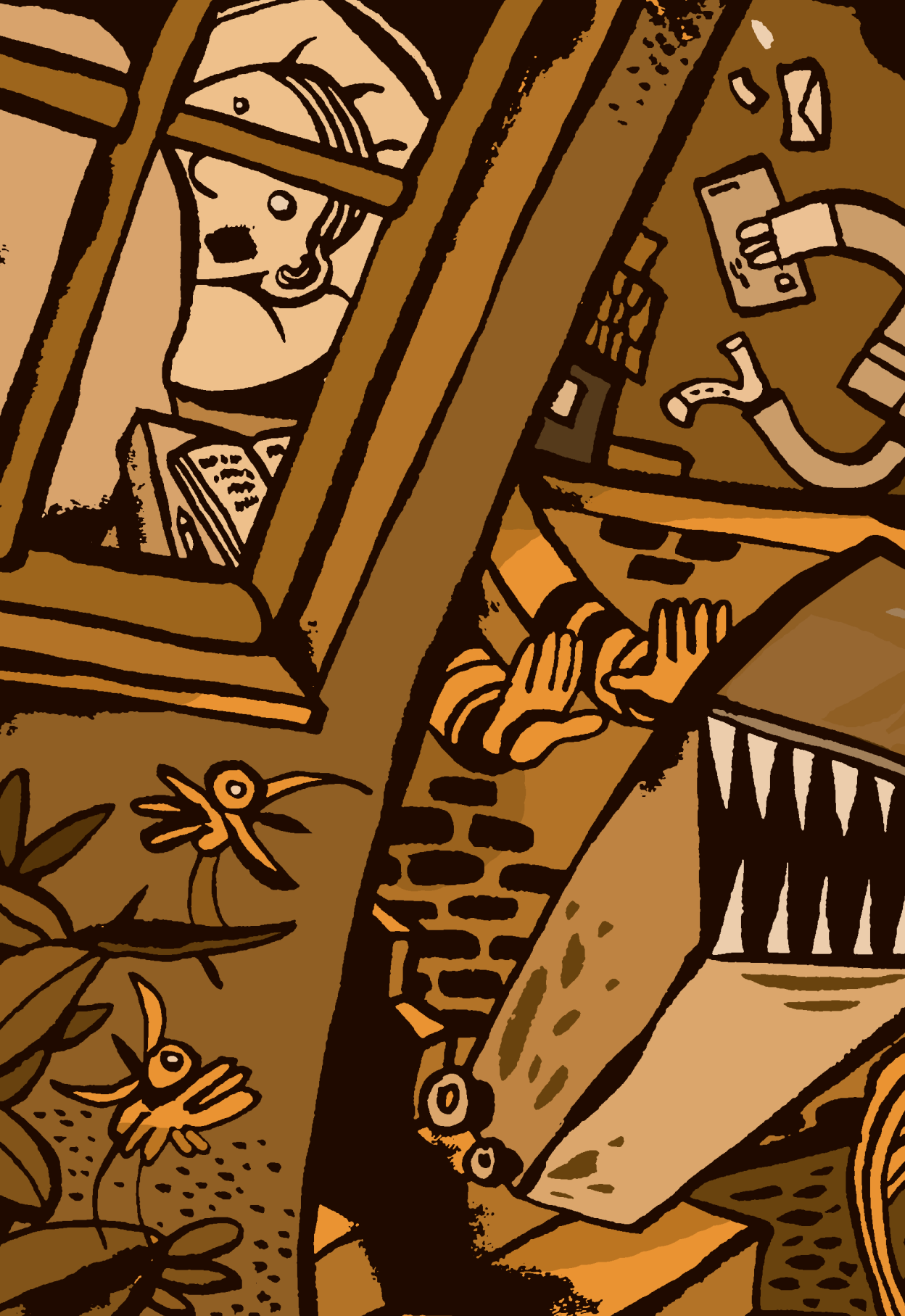
LÓGUEZ

Poesía en la mañana

7.45 h.

Temprano, los hombres de la basura dejan que los contenedores golpeen contra los escalones. En medio de la noche, los carteros reparten su carga. Los niños son enviados a jugar al patio inmediatamente después de levantarse. De los pájaros, que defienden sus distritos desde la salida del sol, no quiero hablar en absoluto. Normalmente, telefono a mi amigo en algún momento hacia el mediodía, bostezo y pregunto: “¿Qué día de la semana es hoy?”. Porque el escritor lo hace así, trabaja y duerme todo cuanto quiere. Excepto en días como este, donde comienza tapizando las escaleras, cegando los buzones de correos y regalando pompas de jabón a los niños. Después, se sienta a su mesa de escritorio y escribe una poesía sobre el silencio.

Bartolomeus Bob





PRIMI



ER COMPÁS

SUCEDIÓ UN LUNES POR LA MAÑANA. Los pájaros cantaban tan alto que se podía pensar que habían construido sus nidos debajo de mi cama. Llamé a mi gata.

-¿¡Gata!?

Al instante, se hizo un silencio total. Curiosamente, yo no tenía ningún gato. Odiaba a esos bichos. Constantemente, ese sigilo, ese estar tumbados, su pensativo mirar por la ventana e impregnándose del mundo. Y por todos esos esfuerzos, querían ser, además, alimentados con carne ya cazada y delicadamente preparada. No, eso no me gustaba, me recordaba demasiado otra cosa, que tampoco me gustaba. Miré por la ventana y fue como si alguien hubiera tirado del enchufe. Nada de recogida, ningún cartero, los niños estaban sentados, probablemente todos, delante de la televisión. El tranvía se encontraba en la esquina y no se movía. Las personas iban de un lado para otro, pero no se las oía.

Únicamente mi cerebro zumbaba. Probablemente pensaba. Lo reconozco, un ruido suave, apenas algo más que la respiración de una mosca dormida. Pero yo no dormía, yo estaba acostado despierto, creí que era una traicionera pérdida de oído y puse la radio.

-Son las nueve. Escuchan noticias. Como se nos termina de informar, el Ministro de Ruidos y Acústica ha prohibido la música. Lamentablemente, ahora no sabemos qué debemos emitir por lo que suspendemos nuestro programa.

También en la radio se hizo el silencio.



Ningún sonido, ni siquiera un susurro. Fui a mi escritorio. ¿Prohibida la música? ¿Por el ministro? El ministro era un amigo mío. Alwin Schmidt. Alwin jamás prohibiría la música. Amaba la música, era incluso músico, no tan bueno como Chester Brown, el niño prodigio salido de nuestro barrio, pero Alwin silbaba cualquier song como si él mismo lo hubiera compuesto. Fui hasta el teléfono y le llamé.

La línea no daba señal de estar libre y tampoco se escuchaba el sonido de llamada. Pero alguien cogió el aparato y susurró:

-Ministerio de Ruidos y Acústica, ¿en qué puedo servirle?

Abrevié: ¡El ministro!

-Lo siento, el antiguo ministro ha sido cesado y el nuevo está ocupado. Termina de prohibir la música. ¿Quiere usted de ninguna manera intentarlo más tarde?



Colgó. ¿Qué sucedía? ¿Es que, simultáneamente, habían suprimido la educación? ¿Me habría perdido un golpe de estado? Hacía tres años que no leía ningún periódico y, qué voy a decir, el mundo no se había venido abajo. Pero, ¿para quién podrá ser bueno prohibir la música? Por otro lado, ¿qué me importaba a mí? La mayoría era, de todas formas, mala. Busqué mis pantuflas y miré bajo la cama. Allí debajo estaban inmóviles siete gorriones y temblaban.

-Eh, relajaos, dije, yo no tengo gato.

Los gorriones continuaron temblando.

-¿No os apetece trinar?

Entonces me di cuenta de que no les estaba permitido.



Llamaron a la puerta. Fui arrastrando mis zapatillas de estar por casa y me preguntaba si llamar a la puerta ya era percutir, esto es, música. Porque, en ese caso, yo hubiera exclamado: ¡No os mováis o disparo! ¡Ja ja! Yo mismo me encontraba ingenioso. Apenas si había abierto, cuando se arrojó hacia dentro un pequeño hombre con un maletín de guitarra. Cerró la puerta tras de sí y se deslizó con la espalda contra ella como si quisiera impedir que alguien más entrara. Estaba sin aliento, sudaba abundantemente y miraba a su alrededor como Bambi, inmediatamente después de que el cazador hubiera disparado contra su... De pronto, se irguió de un salto, corrió por mi vivienda y buscó dónde esconderse. Al descubrir a los gorriones debajo de la cama, se arrastró hacia ellos. Muy lentamente, me incliné. El cinturón de mi albornoz sobresalía como un salvavidas. Precisamente, en ese momento iba a preguntarle si había encontrado lo que buscaba, cuando se puso a parlotear.

-¡Me persiguen! ¡Tengo que esconderme! ¡Quieren encerrarme!
¡Huy!, pensé, tres cosas de una sola vez.

-¿Encerrarte? ¿Quién quiere encerrarte?

-El Mayor.

Lo pronunció lo más bajo posible.

-¡El Mayor Dux se ha hecho con el poder y ha prohibido la música! ¡Comprende, soy músico!

-Entonces, yo he tenido suerte, sonreí. Imagínate, soy poeta y mientras la palabra todavía esté permitida...

-¿Es que no entiendes? ¡Prohibida la música!

Me miró como si yo tuviera un nudo en la lengua.

-Escúchame, estoy citado con mi editor y tengo que arreglarme, de ello depende mucho no sólo para mí sino también para cientos de miles de lectores y...

-¡La música!

Gritó. Tenía que tomármelo con calma.

-Bueno, colega, esta mañana no circulan los tranvías. ¿Son también música o es que solamente se ha ido la luz?

Movió la cabeza. Tuve la impresión de cómo si me tuviera por un tanto majara.

-¡Tío! ¡No se les permite! Circular, frenar, chirriar las ruedas. Todo eso es música de la calle. Todo prohibido. Estamos perdidos. Intenté de nuevo quitarle importancia a la cuestión.

-Bueno, ¿y qué? Mientras no haya castigos. Además, el Mayor Dux. ¿Quién es ése con semejante nombre?

Salió arrastrándose de debajo de la cama hasta que su boca estuvo lo suficientemente cerca de mi oreja. Lo había temido. Un músico de estos no podía hacerlo de otra manera. Los gorriones volaron hasta su cabeza y escuché la canción sobre el Mayor.

Decía algo así:

El Mayor Dux jamás escucha radio, tampoco el baile alegre al Mayor, el Mayor es un enemigo de la melodía. Nunca canta una canción porque le divierta. Horrible, malo y odioso, sus lágrimas son de vinagre.

Después venía el estribillo:

El Mayor odia todos los sonidos, odia el ritmo y lo bello, no tiene ningún amigo en este mundo porque no valora los sonidos...

Quería interrumpirle, pero a los gorriones les gustaba el song.

El Mayor Dux nunca hace un chiste, al Mayor tampoco le late su propio corazón. Pocos dientes, muchos huecos, cabeza pequeña y llena de malas intenciones, traicionero, malo y sin honor, todos están indefensos ante él.

Los gorriones saltaban excitados a su alrededor, querían escuchar la canción otra vez. Les recordé mi hambrienta gata y pregunté al músico:

-Pero si es tan despreciable, ¿por qué le haces una canción tan alegre?

-Yo soy un músico alegre, dijo completamente malhumorado y quiso continuar. Lo agarré por el cuello de la camisa, lo saqué de debajo de la cama y lo empujé por la puerta hacia fuera. Gritó: ¡Hoy me encarcelarán a mí, mañana a otro y pasado mañana te tocará a ti!

Para lo que yo tenía una buena respuesta.

-¡De las preocupaciones de mañana, me preocuparé mañana!

Le propiné una patada. Al hacerlo, perdí mi pantufla, maldije y cerré la puerta. Inmediatamente, anoté mi buena frase en mi libreta. De las preocupaciones de mañana...

La mesa de escritorio me saludó amablemente.

-Suficiente tiempo malgastado, queremos trabajar.

Mi editor me había pedido una idea. Hasta ahora, no había dado con ella. Normalmente, las historias acechan detrás de cualquier esquina, se las tiende la mano, se las lleva a casa, comen, beben y se las deja que cuenten. Después, se anota todo y, cuando el libro está terminado, las historias son enviadas nuevamente a la calle. Allí, son leídas y llevan una larga vida. Pero yo todavía no había llegado hasta ahí. Fuera, todo estaba en silencio, había suficiente tranquilidad para escribir. Busqué inspiración en mi diccionario de rimas. Pato, salto, zapato. Miré mis zapatos, la suela estaba agujereada. Ningún dinero para nuevos zapatos. Ninguna idea para una historia. Me puse mi mejor traje, la cita, quizá tropezara por el camino con una ocurrencia.

